



MEMORIAS DE UN REVOLUCIONARIO

PARTE PRIMERA

INFANCIA.

I.

Moscou es una ciudad de lento crecimiento histórico y, hasta nuestros días, las diferentes partes de que se compone han conservado admirablemente los rasgos más característicos impresos sobre ellas durante el reposado curso de la Historia. El distrito del río Trans-Moskva, con sus anchas y soñolientas calles, y sus monótonas casas pintadas de gris, y de techos bajos, cuya entrada principal permanecía bien cerrada tanto de noche como de día, ha sido siempre el retiro predilecto de la clase mercantil y el foco de los notablemente austeros, formalistas y despóticos disidentes de la «Antigua Fe». La Ciudadela, ó Kreml, es todavía el firme baluarte de la Iglesia y el Estado; y el inmenso espacio que se extiende ante ella, cubierto de miles de tiendas y almacenes, ha sido durante siglos una poblada colmena del comercio, continuando siendo todavía el corazón de un gran tráfico interior, que abraza la superficie entera del vasto imperio. La Tuerskaya y el puente de Smitk, han sido, durante centenares de años, los principales centros de las tiendas de lujo, mientras que los barrios de los artesanos, el de Pluschikhu y el de Darozomilouka, tienen aún la misma fisonomía que caracterizaba á sus animadas poblaciones en tiempos de los zares de Moscou. Cada barrio es un pequeño mundo en sí mismo; cada uno tiene su fisonomía propia y vive una vida independiente; hasta los ferrocarriles, cuando hicieron su irrupción en la antigua capital, agruparon aparte, en centros especiales, en lo más exterior de la vieja población, sus almacenes y talleres, sus vagones y sus máquinas.

Sin embargo, de todas las partes en que se divide la ciudad, tal vez no haya ninguna más típica que ese laberinto de calles limpias,

tranquilas y ventiladas, situadas á espaldas del Kreml, entre dos grandes calles radiales, la de Arbal y la de Prechistenka, al que se le llama todavía el barrio de los Viejos Caballerizos; el Staraya Konyuskennaya.

Hace cincuenta años vivía en este barrio, extinguiéndose lentamente, la antigua nobleza moscovita, cuyos nombres eran tan frecuentemente mencionados en las páginas de la historia rusa, antes de la época de Pedro I; pero que, después, ha desaparecido para hacer plaza á los recién llegados, «los hombres de todas las procedencias», llamados á la vida pública por el fundador del Estado ruso. Encontrándose suplantados en la corte de San Petersburgo estos nobles de la antigua cepa, se retiraron, unos al barrio de los Viejos Caballerizos, en Moscou, y otros á sus pintorescos estados existentes en terrenos no lejos de la capital, mirando con una especie de desprecio y secreta envidia á la abigarrada multitud de familias que habían venido, «sin que nadie supiera de dónde», á tomar posesión de los cargos más elevados del gobierno en la nueva capital, á orillas del Neva.

En su juventud, la mayoría había probado fortuna entrando en las carreras del Estado, principalmente en el ejército; pero ya por una ú otra causa, lo habían abandonado sin llegar á alcanzar un elevado puesto. Los más afortunados sólo obtuvieron una colocación tranquila y casi honorífica en su ciudad natal—mi padre fué uno de ellos—, en tanto que la mayor parte de los demás se contentaban con tomar su retiro. Pero cualquiera que fuese el lugar adonde habían necesitado trasladarse en el curso de su carrera, sobre la extensa superficie de Rusia, siempre, ya de un modo ó de otro, hallaban manera de pasar su vejez en una casa propia en el barrio de los Viejos Caballerizos, á la sombra de la iglesia donde habían sido bautizados, y en la que se entonó la última plegaria en los funerales de sus padres.

Nuevas ramas nacidas de los antiguos troncos; algunos se hicieron más ó menos notables en diferentes partes del país; otros tenían casas más lujosas y modernas en otros barrios de Moscou ó en San Petersburgo; pero la rama que continuaba viviendo en el barrio referido, cerca de la iglesia verde, amarilla, rosa ó parda, tan asociada á los recuerdos de la familia, se la consideraba como la representante de ésta, independientemente de la posición que ocupase en el árbol genealógico de la misma. Su cabeza, representante de tiempos históricos, era tratada con gran respeto, aunque no desprovisto, sin embargo, de un ligero tinte de ironía, hasta por aquellos miembros más jóvenes de la misma rama, que habían abandonado su ciudad natal para seguir una carrera más brillante en la guardia imperial ó en los círculos de la corte; pues aquél personificaba para ellos el origen y las tradiciones de la familia.

En estas calles tranquilas, bastante separadas del movimiento y el ruido del Moscou comercial, todas las casas tenían casi la misma apariencia; eran en su mayoría de madera, con techos de planchas de hierro de un verde brillante, la fachada estucada y decorada con columnas y pórticos, y pintada con vivos colores. Casi todas las casas no eran más que de un piso, con siete ó nueve grandes y alegres ventanas á la calle; sólo en la parte posterior de la casa solía haber un segundo, que miraba á un gran patio formado por varios edificios pe-

queños, que servían de cocinas, cuadras, bodegas, cocheras y habitaciones para la dependencia y servidumbre. Una gran cancela daba entrada á este patio, y en ella se encontraba con frecuencia una placa de metal con esta inscripción: «Casa de Fulano de Tal, teniente, coronel ó comandante»; rara vez «general» ú otro cargo civil de la misma elevada importancia. Pero si una casa más monumental, embellecida con verja y cancela de hierro doradas, se encontraba en una de esas calles, la placa metálica de la puerta de entrada es seguro que había de decir: «Fulano de Tal, consejero comercial, ó excelentísimo señor». Estos eran los intrusos, los que habían venido á vivir á aquel barrio sin que nadie los invitara, y á quienes, por consiguiente, no trataban los demás vecinos.

En estas calles aristocráticas no se permitían tiendas, y sólo en algunas casitas de madera, pertenecientes á la iglesia parroquial, se hallaba alguna pequeña especiería ó un puesto de verduras, enfrente de las cuales solía encontrarse el lugar de descanso del polizonte, quien durante el día aparecía en la puerta armado de una alabarda, para saludar con su arma inofensiva á los oficiales que pasaban, retirándose al interior á la caída de la tarde para trabajar de zapatero remendón ó preparar algún rapé especial patrocinado por los antiguos criados de la vecindad.

La vida se deslizaba tranquila y pacíficamente — al menos en apariencias — en este Faubourg Saint-Germain de Moscou. De mañana no se veía á nadie por las calles; al medio día aparecían los niños en ellas, acompañados por ayas francesas y nodrizas alemanas que los sacaban á dar un paseo por los boulevares cubiertos de nieve. Más tarde, podía verse á las señoras en sus trineos de dos caballos, con un lacayo colocado de pie detrás, sobre una plancha fija en la parte posterior de los patines; ó bien, escondidas en unos carruajes antiguos, inmensos y elevados, suspendidos por grandes muelles curvos y tirados por cuatro caballos, con un postillón delante y dos lacayos de pie detrás. De noche, la mayoría de las casas se hallaban brillantemente iluminadas, y, como no se corrían las cortinas, los transeuntes podían contemplar á los que jugaban á las cartas ó valsaban en los salones. En aquellos días no estaban en boga las «opiniones», hallándonos todavía muy distantes de los años en que en cada una de esas casas empezó una lucha entre «padres é hijos»; lucha que terminaba por lo general en una tragedia de familia ó en visita nocturna de la alta policía. Hace cincuenta años, nada de eso era imaginable; todo estaba sosegado y tranquilo, al menos en la superficie.

En este barrio nació yo en 1842, y aquí pasé los primeros trece años de mi vida. Aun después de haber vendido nuestro padre la casa en que nuestra madre murió, y comprado otra, que vendió también, pasando nosotros varios inviernos en casas arrendadas, hasta que encontró una tercera á su gusto, á corta distancia de la iglesia en que había sido bautizado, continuamos todavía viviendo en aquel barrio, que sólo abandonábamos el verano para ir á nuestras posesiones rurales.

II

Un dormitorio de techo elevado y espacioso, la habitación más retirada de la casa, con una blanca cama en que reposaba nuestra madre, y no lejos de allí nuestras sillas y mesitas de niños y otras mesas esmeradamente puestas y servidas, cubiertas de dulces y jaleas presentadas en lindos receptores de cristal; alcoba donde se nos condujo á nosotros, los niños, á hora desusada; esta es la primera y confusa reminiscencia que tengo de mi vida.

Nuestra madre se moría de consunción; sólo tenía treinta y cinco años. Antes de separarse de nosotros para siempre, había querido tenernos á su lado, acariciarnos, gozar un momento con nuestras alegrías, y preparó este pequeño festín al lado de su cama, de la que no podía levantarse más. Recuerdo su cara pálida y afilada y sus grandes ojos oscuros: nos contemplaba cariñosamente y nos invitaba á que comiéramos y á subirnos á su cama; de pronto se echó á llorar y empezó á toser, y nos dijeron que saliéramos.

Algún tiempo después, á nosotros, los niños (esto es, á mi hermano Alejandro y á mí), nos trasladaron de la casa grande á otra pequeña que había en el patio. El sol de Abril llenaba la pequeña habitación con sus rayos, y, sin embargo, nuestra nodriza alemana, la señora Burman, y Uliana, la nodriza rusa, nos dijeron que nos acostásemos. Sus rostros estaban humedecidos por el llanto y cosían para nosotros camisas negras guarnecidas de blanco. No podíamos dormir: lo desconocido nos asustaba, y poníamos atención á lo que hablaban por lo bajo. Dijeron algo de nuestra madre, que no pudimos entender; entonces saltamos de la cama preguntando: — «¿Dónde está mamá? ¿Dónde está mamá?»

Ambas rompieron á sollozar y empezaron á acariciarnos llamándonos «pobres huérfanos», hasta que Uliana, no pudiendo contenerse más, dijo: — Vuestra madre se ha ido allí, al cielo, con los ángeles.

— ¿Cómo se ha ido al cielo? ¿Por qué? — demandaban en vano nuestras infantiles imaginaciones.

Esto era en Abril de 1846: yo no tenía más que tres años y medio y mi hermano Sáscha aun no llegaba á los cinco: adonde habían ido nuestros hermanos mayores Nicolás y Elena, no lo sé: tal vez estaban ya en el colegio. El tenía doce años y ella once; vivían separados de nosotros y teníamos poco roce con ellos. Así que, Alejandro y yo quedamos en esta casita en poder de la señora Burman y Uliana. Aquella buena señora alemana, ya de edad, sin hogar y completamente sola en el mundo, ocupó para nosotros el lugar de nuestra madre: ella hizo en nuestro favor todo lo que pudo, comprándonos de cuando en cuando algunos juguetes sencillos y hartándonos de tortas de jengibre cada vez que otro viejo alemán, que acostumbraba á venderlas, y que probablemente se hallaba tan aislado y solo como ella, visitaba casualmente nuestra casa. Rara vez veíamos á nuestro padre, y de este modo se pasaron dos años sin dejar ninguna impresión en mi memoria.

III.

Nuestro padre estaba muy ufano del origen de su familia y señalaba con solemnidad á un pergamino que estaba colgado en su estudio: en él se hallaban impresas nuestras armas — las del principado de Smolénsk cubiertas con el manto de armiño y la corona de los Monomachs — y en él estaba escrito y certificado por la Sección de Heráldica, que nuestra familia había tenido origen en un nieto de Rostislán Mstislavich el temerario (nombre tan familiar en la historia rusa como el de cualquier gran príncipe de Hieff), y que nuestros antecesores habían sido grandes príncipes de Smolénsk.

— «Me costó trescientos rublos el obtener ese pergamino» — acostumbraba á decir nuestro padre. — Como la generalidad de las gentes de su tiempo, no estaba muy versado en la historia rusa, y avaloraba el pergamino más por su coste que por su importancia histórica.

El hecho es, sin embargo, que el origen de mi familia es verdaderamente muy antiguo; pero como la mayoría de los descendientes de Rurik, á quien se puede considerar como el representante del período feudal de la historia rusa, ella fué relegada á segundo término cuando éste concluyó, y los Romanoff, entronizados en Moscou, empezaron la obra de consolidar el Estado ruso. En los últimos tiempos, ninguno de los Kropotkins parece haber tenido una predilección especial por los puestos oficiales. Nuestros bisabuelo y abuelo, ambos se retiraron del servicio militar en su juventud, apresurándose á volver á sus posesiones de familia, la principal de las cuales era Urúsono, situado en el gobierno de Oyazán, en una alta colina al borde de fértiles praderas, y capaz de tentar á cualquiera por la hermosura de sus sombríos bosques, sus risueños ríos é inmensos prados. Nuestro abuelo no era más que teniente, cuando dejó el servicio y se retiró á Urúsono, dedicándose á cuidar de este estado y á la compra de otros en las provincias más inmediatas.

Probablemente nuestra generación hubiera hecho lo mismo; pero nuestro abuelo se casó con la princesa Gayárin, que pertenecía á una familia muy distinta. Su hermano era muy conocido por su gran pasión por las tablas: tenía un teatro para su uso particular, y llevó su amor al arte hasta el punto de casarse, con escándalo de toda su familia con una sierva, la notable actriz Semyonova, que fué una de las que crearon el arte dramático en Rusia é indudablemente de las que más en él se han distinguido. Con asombro de «todo Moscou» siguió presentándose en escena.

No sé si mi abuela tenía los mismos gustos artísticos y literarios que su hermano; sólo la recuerdo cuando ya estaba paralítica y hablaba con dificultad; pero es indudable que, en la nueva generación, una inclinación hacia la literatura fué un rasgo característico de la familia. Uno de los hijos de la princesa Gayárin fué un poeta mediano, y publicó un tomo de poesías, hecho del cual mi padre se avergonzaba y evitaba siempre mencionar; y en nuestra propia generación, varios de nuestros primos, así como mi hermano y yo, hemos tomado más ó menos parte en la vida literaria de nuestra época.

Nuestro padre era un oficial típico del tiempo de Nicolás I. Lo cual no quiere decir que estuviera animado de ardor bélico, ni que le gustase la vida de campaña; dudo que pasara una sola noche de su vida ante el fuego del vivac ó hubiese tomado parte en una batalla. Pero en tiempos de dicho emperador eso era lo de menos: el verdadero militar de entonces era el oficial que estaba enamorado del uniforme, despreciando todo otro traje; cuyos soldados recibían tal instrucción, que podían hacer ejercicios casi sobrenaturales (el romper la caja del fusil al « presentar armas » era uno de los más famosos); y quien se hallaba en condiciones de poder presentar en una parada una hilera de soldados, tan perfectamente alineados y tan inmóviles como si fueran de juguetes. Muy bien — dijo una vez el gran duque Mikhael de un regimiento, después de haberlo tenido durante una hora presentando las armas —, ¡pero, *respíran!* El responder á la concepción entonces corriente del verdadero militar, era indudablemente el ideal de nuestro padre.

Cierto es que tomó parte en la campaña turca en 1828; pero se arregló de tal modo, que permaneció toda ella agregado al Estado Mayor; y si nosotros, los niños, aprovechando algún momento favorable en que se hallaba de buen humor, le pedíamos que nos contase algo de la guerra, sólo nos refería el formidable ataque de perros turcos que una noche cayeron sobre él y su fiel asistente Frol, al pasar á caballo, llevando unos partes, á través de una aldea turca abandonada; teniendo que recurrir á los sables para librarse de aquellos animales hambrientos. Si el asalto hubiera sido de turcos en vez de perros, eso hubiese impresionado más agradablemente nuestra imaginación: pero á falta de los primeros, tuvimos que contentarnos con los segundos. En otras ocasiones, cuando acosado por nuestras preguntas, él nos contaba cómo ganó la cruz de Santa Ana « por méritos de guerra », y la espada con empuñadura de oro que llevaba, debo confesar que no quedábamos muy satisfechos; el caso era indudablemente bien prosaico. Los oficiales del Estado Mayor se hallaban alojados en un pueblo turco, cuando éste se incendió; en un momento se vieron las casas rodeadas por las llamas, y en una de ellas se había quedado una criatura, cuya madre daba desgarradores lamentos. En el acto, Frol, que siempre acompañaba á su señor, se arrojó al fuego y salvó al niño. El general, que había presenciado la acción, le dió en el instante mismo á nuestro padre la cruz del mérito militar.

— ¡Pero, padre! — dijimos nosotros — ¡fué Frol quien salvó la criatura!

— ¿Y qué? — contestó él del modo más natural del mundo — ¿Acaso no era mi asistente? Lo mismo da.

También tomó alguna parte en la campaña de 1831, durante la revolución polaca, y en Varsovia conoció y se enamoró de la hija menor del jefe de un cuerpo de ejército, el general Sulima. El casamiento se celebró con gran pompa en el palacio de Sarienki, siendo padrino del novio el general de brigada conde Paskiemich. « Pero vuestra madre — nuestro padre solía decir —, no me trajo ningún capital ».

Lo cual era verdad; su padre, Nikolai Semyowich Sulima, no estaba versado en el arte de hacerse una carrera ó una fortuna. Debía ser de

la madera de esos cosacos del Dnyeper, que sabían combatir con los bien armados y aguerridos polacos ó contra los ejércitos turcos, aunque fueran tres veces más numerosos que ellos; pero que ignoraban el modo de evitar el lazo que les tendía la diplomacia de Moscou, perdiendo todas sus libertades y cayendo bajo la dominación de los zares rusos, después de haber luchado contra los polacos en la terrible insurrección de 1648, que fué el principio del fin de la república polaca. Un Sulima fué capturado por los polacos y atormentado y muerto en Varsovia; pero los otros miembros de la familia, que también eran coroneles, no por eso dejaron de pelear con menos bríos, y Polonia perdió la pequeña Rusia. Respecto á nuestro abuelo, durante la invasión de Napoleón I, se había abierto camino, al frente de su regimiento de coraceros, á través de un cuadro de infantería francesa erizado de bayonetas, y después de haber sido dejado por muerto en el campo de batalla, pudo reponerse de la profunda herida que recibió en la cabeza; pero como no estaba dispuesto á ser lacayo del favorito de Alejandro I, el omnipotente Arakchéeff, fué, en su consecuencia, enviado á una especie de honorable destierro, primero como gobernador general de la Siberia Occidental, y más tarde de la Oriental. En aquellos tiempos, tal posición se consideraba más lucrativa que una mina de oro; pero nuestro abuelo volvió de Siberia tan pobre como fué, dejando sólo una fortuna modesta á sus tres hijos y tres hijas. Cuando fuí á Siberia en 1862, con frecuencia oía mencionar su nombre con respeto. Había sido presa de la desesperación, á causa del robo desenfrenado que se hacía en aquellas provincias, y que no le era posible reprimir.

Nuestra madre era ciertamente una mujer notable, dada su época. Muchos años después de su muerte descubrí en el rincón de una despensa de nuestra casa de una gran cantidad de manuscritos suyos, hechos con pulso firme y una hermosa letra; había un diario en que hablaba con alegría de los paisajes alemanes y de sus amarguras y sus ansias de felicidad; libros que había llenado de versos rusos prohibidos por la censura; entre ellos las magníficas baladas históricas de Rylieff, el poeta á quien Nicolás I ahorcó en 1826; otros libros contenían música, dramas franceses, versos de Lamartine, poemas de Byron copiados por ella, y un gran número de acuarelas.

Alta, delgada, adornada con una abundante cabellera de un castaño subido, ojos del mismo color y una boca pequeña, parecía hallarse casi animada, en un retrato al óleo que había sido hecho *con amore* por un buen artista. Siempre alegre y por lo general contenta, era aficionada al baile, y las mujeres de los campesinos del pueblo nos contaban cuánto le gustaba contemplar desde un balcón sus danzas (acompañadas y graciosas), concluyendo por tomar también parte en ellas. Tenía un temperamento artístico; en un baile fué donde cogió el catarro que más tarde produjo la inflamación de los pulmones que la llevó al sepulcro.

Todos los que la conocieron la querían; los criados adoraban su memoria; en su nombre, la señora Burman se hizo cargo de nosotros, y en su nombre también, la nodriza rusa nos hizo el objeto de su cariño. Mientras que nos peinaba ó nos persignaba al acostarnos, esta última solía con frecuencia decir: « Y vuestra mamá, que está en los cielos,

Memorias de un revolucionario.-2

debe miraros desde allí, y llorar por vosotros, pobres huérfanos». Toda nuestra infancia está llena de su memoria. ¡Con qué frecuencia, al pasar por un lugar obscuro, la mano de un criado nos acariciaba á Alejandro ó á mí, y cuántas, la mujer de un agricultor, al encontrarnos por el campo, nos preguntaba: «¿Seréis tan buenos como fué vuestra madre? Ella se compadecía de nosotros; vosotros, de seguro, lo haréis también». «Nosotros», por supuesto, quería decir los siervos. Ignoro qué destino hubiera sido el nuestro, á no haber hallado entre los siervos dedicados á los trabajos domésticos esa atmósfera de cariño que necesitan los niños á su alrededor. Nosotros éramos sus hijos; nos parecíamos á ella, y ellos nos demostraban su afecto, algunas veces de un modo muy delicado y expresivo, como se verá más adelante.

Los hombres desean apasionadamente vivir después de muertos, y, sin embargo, á menudo dejan de existir sin haberse dado cuenta del hecho de que la memoria de una persona verdaderamente buena vive siempre, queda impresa en la generación inmediata, y es de nuevo transmitida á los hijos. ¿No es esta una inmortalidad digna de aprecio?

IV.

Dos años después de la muerte de nuestra madre, nuestro padre se casó otra vez; había ya fijado la atención en una linda joven, perteneciente á una opulenta familia, cuando la suerte dispuso lo contrario. Una mañana, mientras se hallaba todavía de bata, los criados entraron precipitadamente en su habitación anunciándole la llegada del general Timofeeff, jefe del sexto cuerpo de ejército, al cual nuestro padre pertenecía. Este favorito del emperador era un hombre terrible; hacía azotar á un soldado, hasta dejarlo casi muerto, por la más leve falta, ó degradaba á un oficial y lo mandaba después de soldado á Siberia, por haberle encontrado en la calle con los corchetes del alto y tieso cuello de la casaca desabrochados. Con Nicolás la influencia de este hombre era ilimitada.

El general, que no había estado nunca antes en nuestra casa, vino á proponer á mi padre el matrimonio con la sobrina de su mujer, la señorita Elisabeth Karandinó, una de las varias hijas de un almirante de la escuadra del mar Negro; una joven con un clásico perfil griego, que tenía fama de hermosa. Mi padre aceptó, y su segunda boda, como la primera, fué solemnizada con gran fausto.

— Vosotros, los jóvenes, no entendéis nada de estos asuntos — decía en conclusión, después de haberme contado esa historia más de una vez con un gracejo particular que no intento reproducir. — ¿Sabéis, por ventura, lo que significaba en aquel tiempo el comandante de un cuerpo de ejército? ¿Sobre todo, que ese diablo tuerto, como acostumbábamos llamarlo, viniera en persona á hacer la proposición?

Claro es que no traía dote; sólo un gran baúl lleno con sus galas, y esa Marta, su única sierva, tan morena como una gitana, sentada sobre él.

De este acontecimiento no guardo memoria ninguna. Solo recuerdo un gran salón en una casa ricamente amueblada, y en él á una joven bonita, de tipo marcadamente meridional, jugando con nosotros y di-

ciendo: — Ya veis qué mamá tan linda vais á tener. — A lo cual Sasha y yo, mirándola con enojo, contestamos: — Nuestra mamá ha volado al cielo. — Su desenvoltura la mirábamos con prevención.

* * *

Llegó el invierno, y una nueva vida empezó para nosotros. Se vendió nuestra casa y se compró otra y amuebló de nuevo por completo. Todo lo que podía recordar á nuestra madre se hizo desaparecer; sus retratos, sus pinturas y sus bordados. En vano la señora Burman imploró quedarse, prometiendo dedicarse al hijo que nuestra madrastra esperaba tener, como á cosa propia; fué despedida. «No quiero nada de los Sulimas en mi casa» se le dijo. Toda relación con nuestros tíos y abuela fué cortada. Uliana se casó con Frol, quien se convirtió en mayordomo, en tanto que ella vino á ser ama de gobierno; y para cuidar de nuestra educación se tomaron un tutor francés, liberalmente retribuido, M. Paulain, y un estudiante ruso, N. P. Smirnoff, á quien se le daba una miseria.

Muchos de los hijos de la nobleza de Moscou eran educados en aquella época por franceses, que representaban los restos del gran ejército de Napoleón. M. Paulain era uno de ellos; acababa de terminar la educación del hijo menor del novelista Zagoskin, y su discípulo Serge gozaba en el barrio de los Viejos Caballerizos la reputación de estar tan bien educado, que nuestro padre no vaciló en tomarlo por la respetable cantidad de seiscientos rublos al año.

Este traje consigo un perro de caza, *Trésor*, su cafetera Napoleón y libros de texto franceses, y empezó á dirigirnos y disponer del siervo Matvei, que había sido destinado á nuestro servicio.

Su plan de educación era muy sencillo: después de despertarnos, se ocupaba de su café, que acostumbraba á tomar en su cuarto; mientras que preparábamos las lecciones de la mañana, él se hacía su toilet con gran esmero; se arreglaba su cabello gris de modo que ocultase su creciente calva, se ponía el frac, se rociaba y lavaba con agua de Colonia y nos escoltaba al piso inferior á dar los buenos días á nuestros padres. Por lo general, los encontrábamos almorzando, y al acercarnos á ellos decíamos, con tono de declamación y con toda la gravedad posible: *Bon jour, mon cher papá* y *bon jour, ma cher maman*, y les besábamos la mano; y él hacía una complicada y elegante reverencia al pronunciar las palabras *bon jour, monsieur le prince* y *bon jour, madame la princesse*; después de lo cual se retiraba inmediatamente la procesión y se volvía á subir. Esta ceremonia se repetía todas las mañanas.

Entonces empezaba nuestro trabajo: el maestro cambiaba el frac por una bata, se cubría la cabeza con un gorro de piel, y, arrellenándose en una butaca, decía: «Recitad la lección».

Nosotros lo hacíamos «de memoria», desde una señal hecha en el libro con la uña, hasta la inmediata. M. Paulain había traído consigo la Gramática de Noel y Chapral, memorable para más de una generación de jóvenes de ambos sexos rusos; un libro de diálogos en francés, una Historia universal, en un volumen, y una Geografía, universal también é igualmente en un volumen. Teníamos, pues, que encomendar á la memoria la Gramática, los diálogos, la Historia y la Geografía.

La Gramática, con sus conocidas sentencias: « ¿Qué es Gramática? » « El arte de hablar y escribir correctamente », no ofrecía ninguna dificultad. Pero el libro de Historia, desgraciadamente, tenía un prólogo que contenía una enumeración de todos los beneficios que reportaba su estudio: al principio todo marchaba relativamente sin dificultad. Nosotros recitábamos: « El príncipe encuentra en ella ejemplos magnánimos para gobernar á sus súbditos; el jefe militar aprende allí el arte noble de la guerra. » Pero al llegar á la parte jurídica se presentó el apuro: « El jurisconsulto halla en ella también... » Esto es lo que nunca pudimos llegar á saber. Era terrible la palabra « jurisconsulto »; lo echaba todo á perder. Al llegar á ella nos parábamos.

— ¡De rodillas, *gros pouff!* — exclamaba Paulain (eso era por mí.)
— ¡De rodillas, *gran dada!* (Eso era por mi hermano). Y allí nos arrodillábamos llorando, procurando inútilmente enterarnos de todo lo referente al jurisconsulto.

¡Ese prólogo nos costó muchos disgustos! Estábamos ya aprendiendo todo lo concerniente á los romanos, y acostumbrábamos á poner nuestros bastones en la balanza de Uliana cuando pesaba el arroz, « lo mismo que Breno »; saltábamos desde las mesas y otros precipicios por la salvación de nuestro país, imitando á Curcio, y todavía nos hacía él volver de tiempo en tiempo al dichoso prólogo, y de nuevo nos hacía arrodillar por ese mismo jurisconsulto. ¿Es, pues, de extrañar que, más adelante, tanto mi hermano como yo, sintiéramos una repugnancia invencible por la jurisprudencia?

No sé qué hubiera sucedido con la Geografía si también hubiese tenido prólogo; pero, afortunadamente, las primeras veinte páginas del libro habían sido arrancadas (supongo yo que Serge Zagoskin nos prestó ese gran servicio), y así, nuestras lecciones comenzaron en la página veintiuna, que empezaba de este modo: « de los ríos que bañan á Francia ».

Hay que confesar que no siempre se limitaba todo á arrodillarse: había en la clase una vara de abedul, y á ella recurría el maestro cuando no se adelantaba nada en dicho prólogo ó en algún diálogo sobre virtud y urbanidad; pero un día nuestra hermana Elena, que ya en esa época había salido del *Catherine Institut des demoiselles* y ocupaba una habitación bajo la nuestra, al oír los lamentos que dábamos, corrió, llamando al despacho de nuestro padre, y se lamentó amargamente de que se nos hubiera abandonado á nuestra madrastra, quien nos había entregado en manos de « un tambor francés retirado ». « ¡Por supuesto — decía ella —, no hay nadie que los defienda; pero no puedo ver con paciencia á mis hermanos tratados de ese modo por un tambor! »

Cogido así, de improviso, nuestro padre no sabía qué decir: empezó por reprenderla; pero concluyó aprobando el afecto que demostraba á sus hermanos. En adelante la vara de abedul se reservó para enseñarle las reglas de urbanidad al perro *Trésor*.

Apenas se había desprendido M. Paulain de sus penosos deberes profesionales, cuando se convertía en otro hombre: era un alegre compañero, en vez de un maestro gruñón, y sus cuentos eran innumerables; hablábamos como cotorras. A pesar de que bajo su dirección no pasamos nunca de las primeras páginas de la sintaxis, pronto aprendi-

mos, sin embargo, á hablar correctamente; nos acostumbramos á *pensar* en francés; y después de algún tiempo de escribir al dictado la mayor parte de un libro de mitología, del que se servía para corregir nuestras faltas, sin intentar jamás el explicarnos por qué una palabra se ha de escribir de un modo determinado, habíamos aprendido á « hacerlo con corrección ».

Después de comer, dábamos clase con el maestro ruso, un estudiante en Derecho, de la Universidad de Moscou; él nos enseñaba todo lo referente á Rusia: Gramática, Aritmética, Historia, y así sucesivamente. Pero en aquel tiempo los estudios serios aún no habían empezado. Al mismo tiempo, nos dictaba todos los días una página de Historia, y de aquel modo práctico aprendimos pronto á escribir el ruso correctamente.

Lo mejor para nosotros era los domingos, cuando toda la familia, exceptuándonos á los niños, iba á comer con madame la générale Fimafeeff. También ocurría algunas veces que se les permitía salir de casa á Paulain y Smirnoff, y cuando esto pasaba, quedábamos al cuidado de Uliana. Entonces, después de una comida sin sosiego, corríamos á la gran antecámara, en la que pronto aparecían las criadas jóvenes. Se jugaba á un sin fin de cosas: á *la gallina ciega*, *la candela* y otros juegos parecidos; hasta que, de pronto, Tikhon, el *sábelotodo*, aparecía con un violín. En el acto empezaba el baile; no el acompasado y fastidioso, bajo la dirección de un maestro francés, « con piernas de goma elástica », y que formaba parte de nuestra educación, sino una danza libre, que no era una lección, y en la que veinte parejas giraban á su gusto, lo que no era más que un preludio del más animado y poco menos que primitivo baile cosaco. Después Tikhon pasaba el violín á uno de los hombres más formales, y empezaba á hacer tales maravillas con sus piernas, que las puertas que conducían al salón se veían bien pronto llenas por los cocineros, y aun los cocheros, que venían á ver el baile, al que los rusos tienen tanta afición.

A eso de las nueve se mandaba el carruaje grande á recoger á la familia, en tanto que Tikhon, con cepillo en mano, se dedicaba á devolver al suelo su virginal brillo, y el orden más perfecto quedaba restablecido en toda la casa. Y si á la mañana siguiente éramos sometidos los dos á un interrogatorio extremado, no había miedo de que se nos escapase una sola palabra respecto á la fiesta de la tarde anterior; jamás hemos comprometido á ninguno de los sirvientes, ni ellos tampoco nos hubieran delatado á nosotros. Un domingo, jugando solos en la gran antecámara mi hermano y yo, chocamos contra un soporte, sobre el que había una lámpara de bastante valor, la cual se hizo pedazos. Inmediatamente los criados celebraron consejo: nadie nos reprendió; pero se convino en que á la mañana siguiente, muy temprano, fuera Tikhon, saliendo de la casa por su cuenta y riesgo, á comprar otra lámpara igual á la que se había roto. Costó quince rublos, enorme cantidad para ellos, pero se compró, y nunca nos dijeron nada referente á este particular ni se habló más del asunto.

Cuando pienso ahora en ello, y vuelven todas esas escenas á mi memoria, recuerdo que jamás oímos ninguna palabra soez en ninguno de los juegos, ni vimos en los bailes nada parecido á lo que ahora se